

HISTORIA DE LA LITERATURA CHILENA DE LA CONQUISTA  
Y DE LA COLONIA. Editorial Nascimento, Santiago, 1980.

El libro que acaba de publicar el profesor Miguel Angel Vega es una obra meritoria que, en algunos aspectos, completa y renueva la monumental *Historia de la Literatura Colonial* de don José Toribio Medina.

Miguel Angel Vega ha rectificado su visión de los inicios de nuestra literatura. En su libro "*El españolismo en la producción literaria de los siglos XVI, XVII y XVIII en Chile*" publicado en 1941 en las prensas de la Universidad de Chile afirmó lo siguiente:

"¿Cuándo empieza la literatura chilena? ¿Es correcto señalar el período de la Conquista o el de la Colonia como sus hitos iniciales? ¿Son obras literarias nacionales *Las Cartas* de Pedro de Valdivia, *La Araucana* de Ercilla y *El Cautiverio Feliz* de Francisco Núñez de Pineda y Bascañán?"

"Hace algunos años negamos timbre de chilenidad a las obras citadas y a las que escribieron sus compañeros, Oña, Ovalle, Rosales, Vidaurre. Hoy día no pensamos de la misma manera, creemos que *La Araucana* pertenece a la literatura chilena por el creciente influjo que ha ejercido en su desarrollo y en el pensamiento nacional. Estimamos del mismo modo, que Pedro de Valdivia es el primer conquistador español de alta calidad humana a quien cogió nuestra tierra en su red de amor, y que él es, bien mirado, el primer chileno notable de nuestra historia.

No tenemos tampoco ninguna duda sobre el fondo criollo de *El Cautiverio Feliz*.

En resumen, la Conquista y la Colonia son las etapas primigenias de nuestro desarrollo histórico. Ellas forman parte de la original aventura de un pueblo joven que seguirá su curso a través de los siglos venideros conservando acaso en su conducta colectiva más de algún acento cordial proveniente de su venturoso pasado".

Vega dedica las páginas iniciales de su libro al concepto de la literatura chilena y Colonial, "El idioma", "El suelo" y "La raza".

El autor caracteriza las obras de los soldados de la Conquista.

"En las crónicas de este período y en las *Cartas* de Pedro de Valdivia no se advierten preocupaciones literarias de ninguna especie. Los autores *escriben encima de la guerra*, por así decirlo, atentos a la narración de los hechos de que han sido actores o que conocen de labios de sus compañeros de armas.

No es la de Góngora Marmolejo, Vivar, Lobera, Valdivia, una literatura donosa y galana, sino una literatura en la que destacan robusto el nervio y el alma de estos escritores. A falta de primores estilísticos exhibe un fuerte sentido realista".

Analiza con justeza la *Crónica y Relación Copiosa y Verdadera de los Reinos de Chile* de Jerónimo de Vivar, obra que no alcanzó a conocer Medina, como tampoco "*El Vasauero*", de Pedro de Oña, que editó Rodolfo Oroz.

En las páginas dedicadas a la literatura Colonial, el autor destaca la formación de la raza chilena y el predominio del sacerdote y el letrado sobre el soldado conquistador. De especial interés son las páginas dedicadas al estilo barroco en América y las influencias de Góngora, Lope, Quevedo y Calderón en las letras coloniales chilenas.

## RESEÑAS

En el capítulo dedicado a Ercilla, el autor resume hábilmente y con abundancia de citas todo lo que se ha escrito sobre "*La Araucana*" y sus imitadores con mención especial de *Las guerras de Chile*, poema épico atribuido por Medina al soldado español Juan de Mendoza Monteagudo. Reproduce también un romance poco conocido que Ercilla dedicó al combate naval que la Escuadra española sostuvo con la francesa en 1582. Notable es el excelente estudio que dedica Vega a la *Histórica Relación del Reino de Chile*, de Alonso de Ovalle, obra que mereció las calidades del jesuita como pintor de la naturaleza chilena.

"El estilo de Ovalle es fundamentalmente descriptivo y enumerativo. Los cerros, hondonadas, ríos, arroyos, fuentes, bosques, árboles, aves, peces, el cielo, el mar, etc., le dan tema para la pintura llena de gracia y encanto poético. Una amorosa complacencia le hace detenerse ante cada objeto con el ánimo de captar sus menores detalles.

Fue nuestro autor un prodigioso visual. Para él —ha observado certeramente Eduardo Solar Correa en sus *Semblanzas Literarias de la Colonia*— recordar es volver a ver. Sin embargo, definirle como un escritor esencialmente visual sería restringir el campo de su sensibilidad artística, pues en repetidas veces nos ofrece vívidas representaciones auditivas, táctiles, olfativas, etc., que demuestran que su registro sensorial era mucho más vasto y refinado...

La cordillera de Los Andes, que holló más de alguna vez con su planta, en sus peregrinajes desde Santiago a Tucumán, o desde Tucumán a Santiago, le inspira páginas descriptivas hermosísimas que han pasado a las antologías literarias. Ovalle es uno de los mejores prosistas de nuestra literatura colonial. Su estilo es límpido, armonioso, sensual. Advertimos en él claras reminiscencias de escritores hispánicos de la Edad de Oro, especialmente de Cervantes y de Luis de Granada".

Al tratar a Diego de Rosales, cuya obra fue comprada en Francia por Vicuña Mackenna, doscientos años después de haber sido escrita, Vega se detiene en las cualidades bélicas del indio, la reciedumbre de sus mujeres y la conducta abusiva de los soldados españoles que regresaban a Santiago.

Dice Rosales: "Ya los doscientos, ya los trescientos soldados, partían en cuadrillas, hecha cuadrilleros, no de la santa hermandad, sino cuadrilleros de la inicua libertad, que robaban no sólo en los caminos sino en la ciudad, y con capa de pertrecharse quitaban a los hombres las capas y a las mujeres las mantellinas, hurtaban de ciento en ciento los caballos, derribando las paredes para sacar los caballos regalados de las caballerizas, hurtando los muchachos indios e indias que servían en las ciudades".

Nuestro autor elogia y cita con abundancia *El Cautiverio Feliz*, de Pineda y Bascuñán, y atento a la descripción de las costumbres y la hospitalidad de los indios del cacique Maulicán, también subraya la conducta licenciosa y reprobable de los curas españoles, que eran peores que los propios seglares".

"Los padres doctrineros, con pretexto de enseñar a rezar a los muchachos y chicas, se entraban en las casas con descoco y hacían de las mujeres lo que querían, por engaños y dádivas, y cuando se resistían, las mandaban ir a la iglesia para que aprendiesen a confesarse, y en la sacristía, donde los pateros se revestían para decir misa, las entraban atemorizadas y les decían que en aquel lugar en que estaban, si no consentían con lo que el patero padre les decía, que el "Pillán Algue" (que quiere decir el demonio) las había de castigar severamente y que si hablaban palabras o revelaban lo que al oído les decía, y lo que hacían, las habían de quemar vivas".

Del célebre Manuel Lacunza, el crítico destaca, entre otras cosas, la extra-

ordinaria posición del jesuita sobre la existencia de criaturas runas o racionales en otros planetas.

“Los infinitos e innumerables cuerpos celestes, así luminosos como opacos, así visibles como invisibles, cuya existencia ya es innegable, pueden bien estar todos, o muchos habitados de una infinita muchedumbre y variedad de especies análogas al hombre y también a las bestias de nuestro globo, y pueden estar hasta ahora absolutamente vacíos”.

Vega dedica un largo capítulo a la poesía colonial. Después de analizar los romances basándose en el estudio de Julio Vicuña Cifuentes, dedica algunas páginas a la “Virgen de Petorca” y a la “Relación de la inundación que hizo el río Mapocho de la ciudad de Santiago de Chile” y “El Albarrada”, romance descubierto por Eugenio Pereira Salas en la New Berry Library de Chicago.

Al referirse a la poesía repentista, analiza la polémica sobre la autoría de algunos versos atribuidos al padre López.

“Creemos, a la luz de estos antecedentes, que una parte apreciable de las improvisaciones atribuidas por Adolfo Valderrama al padre López pertenecen al peruano Francisco del Castillo, el “Ciego de la Merced”.

El autor da fin a su obra con un estudio sobre el teatro de la Colonia en el que analiza los autos sacramentales y otras obras de carácter religioso que montaban el clero y las autoridades, con motivo de las celebraciones de Corpus Christi, como también las actuaciones de las cofradías en las procesiones de Semana Santa.

Walter Hanish sostuvo que en el noviciado jesuita de Bucalemu se representaban comedias escritas en latín.

Las primeras obras dramáticas representadas en Chile fueron el *Coloquio del Hijo Pródigo*, el 10 de noviembre de 1612, y el *Coloquio del Angel de la Guarda*.

Nuestro autor resume atinadamente las investigaciones sobre el teatro nacional de Diego Barros Arana, Miguel Luis Amunátegui, Nicolás Peña y, sobre todo, de Eugenio Pereira Salas en su *Historia del teatro chileno*.

La obra de Miguel Angel Vega es, sin duda, una contribución valiosa al estudio de nuestra literatura colonial.

Sigue muy de cerca la obra fundamental de Medina, pero, al mismo tiempo, incorpora y analiza todos los trabajos que con posterioridad a la obra del extraordinario polígrafo chileno se han publicado.

La bibliografía que acompaña al trabajo es la más completa que existe hasta ahora.